

ficado era transmitido (según el *observador*, frecuentemente un hechicero) a través de un canal, en forma de signos o señales que no eran palabras ni sílabas, sino movimientos de la Naturaleza, señales del desmalezamiento y parición de la vida, silencios del cosmos. El observador disponía de una teoría de la naturaleza y medía la información: la probabilidad de ocurrencia de un evento en relación al número total de posibilidades. La información de la naturaleza venía cargada de *redundancia*. El individuo iniciaba entonces un nuevo proceso de comunicación, transformándose de receptor en emisor hacia el clan. Pero para ello tenía que eliminar lo superfluo, economizar, abreviar, sintetizar. Al mismo tiempo, la eliminación de la redundancia volvía frágil el mensaje, lo reducía a su esqueleto informacional. Cuando la información circulaba por los canales encontraba ruido a su paso. Perturbaciones aleatorias que iban desde las voces múltiples del clan, las voces privilegiadas de los caciques, o los propios ruidos naturales del canal anterior, que seguían actuando. Las interferencias en la línea degradaban la información. Sin embargo, ello seguía formando parte de un modelo informacional antiguo. Pero el ruido fantástico apareció con la conquista.

El individuo convertido en emisor debía ahora transmitir por un canal en el que circulaban otras interpretaciones de la Naturaleza, de la relación de ésta con el hombre, de una astucia del Diablo, de una sabiduría de Dios, de nuevas relaciones de producción, de golpes de herramientas y armas distintas, una física de la dominación desarmándolo todo en sus partes, segmentos y huecos llenados con otra razón y en consecuencia otras experiencias. La degradación de la información por el ruido se volvió intolerable. Los clanes vagaron durante todo el XVIII de un lado a otro recogiendo las hilachas de información de otros clanes que sucumbían a las viruelas, al sometimiento en las ciudades fronterizas, a la transculturación en las misiones, a la muerte en las guerras. Se aflojaba el universo. Los nexos con el espacio adquirían endeblez; otras veces asumían nuevas hechuras, descabelladas, incoherentes o absurdas. El XIX cerró los canales iniciando la dispersión y atomización de la información. Cada clan se volvía tribu, cada tribu una cultura en sí en degradación como consecuencia de su reconversión en *sistema aislado*. La información y los intercambios con el exterior al mismo clan se cerraban. Chaco pasaba a ser una multitud de chacos marginales, de autonomía y regresión.

La redundancia en la información hacía entre las tribus más fiable la transmisión, un fortificante contra el ruido de los polimensajes de las ciudades blancas fronterizas, un preventivo contra la ambigüedad y los errores en la recepción. Pero lo que se informaba ya no era de la Naturaleza sino sobre las alternativas de la guerra, la derrota, el sometimiento o la dispersión. La Naturaleza parecía informar cada vez con mayor esfuerzo.

Las purgas, exclusiones y destierros de hechiceros complicó aún más la situación. La hechicería era el paradigma «cibernético» de las culturas de recolectores. Comunicación y mandato. Pero el mandato no ocultaba la riqueza de la organización comunicacional.

Como la relación del clan con la Naturaleza se basaba en una praxis retransmitida, de una memoria de los caciques como bibliotecas orales, una teoría informal y cambiante para encontrar alimentos y abastecerse, los canales de información aparecían atiborrados con estos datos. La expansión blanca, la guerra y las fugas, forzaban a llenar los canales indios con otros *bits*. Los clanes repetían una y otra vez los nombres de las ciudades a destruir, sus haciendas, sus posibilidades militares. Era necesario confirmar la corrección del mensaje y para ello no había escritura, sólo transmisores y escuchas. La redundancia se volvió necesidad porque la tecnología de la información adolecía de grandes fallas.

En el metasistema social se producía la comunicación naturaleza-individuo, e individuo-clan por canales antiguos ahora de más en más atiborrados por los ruidos de la guerra. Allí se observaba también la producción de sentido.

Y así como la información adquiere los caracteres fundamentales de toda realidad física organizada, su desorganización incrementa la entropía, sufriendo códigos y transmisiones una continua degradación. De la misma forma la información sobre el Chaco en posesión de los clanes se empobrecía en función de la defensa, los ataques a las ciudades y la concentración guerrera. En la asamblea de hombres antes de concurrir a la guerra, cada uno hacía una narración de sus proezas bélicas, particularizando en las tácticas seguidas, en los combates y los enemigos muertos. Se abría el libro de la memoria difusa y se buscaban asociaciones derivadas de la información. Arcos, flechas y macanas. Los dos primeros competían en desventaja con las armas de fuego. Pero la *macana*, un garrote de madera dura y pesada, arma ofensiva y defensiva, informaba de una tecnología de civilización material en vías de una derrota. No había asociación posible. Palabra de origen indio, significaba lo usado para golpear²⁸. Los vencedores resignificaron la palabra con el contenido del disparate, absurdo, despropósito, desatino. Combatir con ese dispositivo era un absurdo histórico. Desde entonces *hacer una macana* fue cometer una tontería. Pero la nueva connotación no llegaba a las etnias. La información circulaba por los canales privativos de las ciudades, que requerían de la broma para aumentar el entusiasmo por la confrontación. Transformar al Chaco en una macana, un macanazo²⁹, era una manera alternativa de enfrentar al monstruo mediante la degradación satírica.

El clan era una máquina viva. Un *programa* manejaba su funcionamiento, generaba la reproducción y las actividades organizacionales de la especie.

²⁸ Para Lafone Quevedo y otros, palabra quichua. De *maka*: golpear, y el sufijo *ana*: lo que sirve para.

²⁹ Aumentativo de *macana*: gran disparate.

La información sobre la Naturaleza impedía o retardaba el envejecimiento y la muerte. Pero en cuanto el curso de la información cambió hacia la guerra, el canal de información de la Naturaleza-individuo tendió a dejar de funcionar. Se llenó de interferencias. El paradigma informacional de estas culturas se basaba en reconocer de una manera insólita, en la materia viva, cadenas transportadoras de información hereditaria. Captar que todo lo vivo hablaba con sus vástagos en un mismo código. Que la adaptación próspera de los clanes a las condiciones del medio ambiente cambiantes, dependía del conocimiento de ese sistema de comunicación universal. Y así como la naturaleza para realizar la adaptación encontró el método sencillo pero cruel de la información hereditaria alterada mediante impulsos casuales en el organismo naciente, la alteración informacional en la comprensión del código conocido, llevaba a la especie cultural a sucumbir.

El proceso que conduce a la infracción de la semejanza exacta entre progenitores y vástagos, se llama *mutación*. En el sistema de la comunicación hereditaria, estas interferencias pueden mejorar o empeorar la especie con la misma probabilidad. Es una larga lucha por la existencia en la que sobreviven los fuertes, los más adaptados, y los débiles perecen. En el sistema de la comunicación hereditaria social de los clanes, las interferencias provocadas por la guerra llevaban en cualquier caso a empeorar las condiciones de existencia. En la larga lucha no sobrevivían los fuertes, los más adaptados al antiguo mundo, sino los débiles, los que se entregaban y emprendían de inmediato la transculturación.

El *nido* provocaba errores continuos en la copia de los mensajes, que frecuentemente se trasladaban como degradaciones en la organización social. Los clanes pasaban a bandas armadas. Las familias extensas, a grupos de perseguidos. Parecía imposible un «ruido organizador».

VII. El escudo místico

Los jesuitas construían una plástica de tonos puros: era menester que los españoles abrieran la *puerta* del Chaco al Evangelio, y luego entregasen las *llaves* a la Compañía. El problema se presentaba cuando al llavero lo guardaban los propios encomenderos. La *estética de las llaves* saturaba los canales de comunicación de la selva. Los tercios españoles entraban en el Chaco por la captura de indios, a los más rebeldes se los condenaba a la horca y un momento antes de ser asesinados se presentaba el misionero y pedía clemencia. El acto se desarrollaba como en cámara lenta; después de numerosos conciliábulos, rogativas y presiones calculadas, el encomendero cedía. La Iglesia salvaba de la muerte. La noticia volaba de etnia a etnia.

El perdonado quedaba en una deuda de por vida con el encomendero. Sujeto a sus llaves materiales. La Iglesia sacudía el llavero del espíritu.

Pero era en la guerra donde la nueva civilización se enfrentaba al monstruo abigarrándose en la mística. La entrada de los tercios españoles en el Chaco en la década de 1670, era imaginada por el Gobernador como la introducción de la «piedad cristiana, que no está reñida con las armas»³⁰. Al atardecer de cada día, la tropa rezaba el rosario a coros, teniendo el cuidado de empezar la marcha en el día de visitación de la Virgen y llegando a la «ciudad» de Esteco en el interior del Chaco, el día de su nacimiento. Y como el gobernador no había perdido un solo hombre en la selva, dispuso que cada sábado en adelante hubiese rogativas continuadas hasta el cansancio a la Gran Madre de Dios, Patrona del misterio de su purísima concepción. Siguió avanzando hasta fundar uno de los clásicos fuertes de vida escasa, y a cada cabo darle soldados «para sacar a los infieles de las madrigueras de espesos bosques, donde a guisa de fieras se guarecen con sus familias»³¹. Las entradas se provocaban desde dos o tres sitios de la inmensa periferia. Mas como los canales de comunicación indios iniciaban la sobrecarga, y los ruidos ajenos se agregaban a los propios resultantes de la transmisión oral, y al ser además los mensajes en el interior de la selva tan veloces como carentes de simultaneidad, las tribus se turbaban, persuadidas de que todos los espesos bosques del Chaco se hallaban ahora «inundados de Españoles»³². El informe del cruce de frontera podía llegar después que el informe de la marcha interior, y un clan, *ver* dos columnas allí donde había una. El pánico saturaba aún más los canales con ruidos. Una misma entrada se la oía y recibía multitud de veces en mensajes mezclados temporalmente, con inexactitudes que se sumaban y engrosaban como adherencias. Cada entrada daba por resultado la captura de por lo menos mil *piezas* indias y su «chusma».

La mística conquistadora no ayudaba tampoco a la desintegración del engendro en sus objetos particulares. Iba a contramano de la razón o de la física del espacio monstruoso. Pero a cambio otorgaba a los hombres de la empresa una temeridad, resolución y eficacia sorprendentes. El mundo de los estereotipos místicos impedía ver cualquier otro mundo, salvo el propio. Un misionero en el Chaco trataba de convencer del bautismo a un cacique enfermo de viruelas. Este se negaba acusando al religioso de traerle la muerte. «Respondióle con grande cariño el Padre, que las viruelas quitarían la vida al cuerpo, y que por el bautismo gozaría el alma de Dios». Pero el cacique «montó en cólera, oyendo tan saludable respuesta (...) le echó de sí con grande irritación cubriéndose el rostro, tapándose la cabeza con una frazada para no ver ni oír»³³. No había cómo comprender la actitud del infiel. El anuncio de la muerte resultaba una respuesta salu-

³⁰ Lozano. Op. cit., págs. 216-219.

³¹ Idem, pág. 217.

³² Idem, pág. 217.

³³ Idem, pág. 231.